ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

CUANDO SE ALZA LA OLA

Eugenio d'Ors, es noticia. Cuántos han lamentado el pozo de sombra en que parecían sumidas la figura y la obra del escritor desde su desaparición física, día a día perciben síntomas de que aquel temor no cobra cuerpo. O que las cosas están mudando a ritmo acelerado, diría casi por ley natural. Pese a que un muro de silencio se haya opuesto a la reciente y póstuma «Ciencia de la cultura», aquí por motivos —pienso— de dificultad, pues no es obra circunstancial ni fácil.

Estamos de acuerdo en que el retorno a los orígenes iniciado por Ors en sus últimos años, si en lo humano tuvo el socorro de la periódica convivencia y avasalladora personalidad, en lo literario —con reediciones contadas y sólo alguna y saltuaria pieza inédita en catalán— no le dio tiempo a completar el arco soldado con el viejo Xenius. La «Obra catalana completa» emprendida por el lúcido y tesonero editor que fue José María Cruzet, prevista para ordenada en tres tomos de a mil quinientas páginas, comenzó su pública singladura en el Día del Libro de 1950: un primer tomo del «Glosari», desde 1906 al final de 1910. No hubo más. No estaban maduras; ni lo estuvieron, muerto ya el ex Pentarca y editada su confesión de «La verdadera historia de Lidia de Cadaqués», hasta que en 1958 rompió el fuego con sus primeros «Homenots» José Pla (y con evidente altura reincide en «El quadern gris»), si bien ya —en sus memorias— Sagarra había echado su cuarto a espadas y pronto seguirían las de Gaziel. Paulatinamente, desde entonces, el «caso Ors» dejaba de ser tabú, volvía a ser tema. Recuerden, no hace muchos meses, el original testimonio de José María Capdevila no más reintegrarse a su ciudad; el valiente «Tres diguen-ne desarrelats» de Enrique Jardí, la primavera pasada; el académico cruzar de aceros en estas mismas páginas, que seguramente continuará.

Sí, es noticia. Desaparecidos los principales actores de la triste ruptura de los años 1919-20 y más que templados los humores que la misma agitó durante lustros, es la obra, y no ya la peripecia humana, la que pide vez. También, un repaso a la acción orsiana; ahora, desde nuevos y desapasionados puntos de mira que nos la devuelven con notas muy originales, por no decir insospechadas y, en cualquier caso, actualísimas. No ha de pasar mucho (pues diligentes ingenios están aplicados al menester) y esa vertiente orsiana quedará elocuentemente, así espero, esclarecida y sentada.

Sesenta años del «Glosari» se cumplen hogaño, y no es casual coincidencia que una tercera generación ande en los pasos que digo. No los que se santiguaban con las glosas al levantarse (hasta aquella mañana en que orsianismo fue sinónimo de amor traicionado, de un vergonzoso desvío juvenil), ni aquella otra para la cual fue el innombrable y tránfuga cuyas mentidas lecciones no merecían, ni para refutarlas, un minuto de lectura. Otra generación, luego las de tempestades y travesías y renuncios; en los concertados afanes por reconstruir, realísticamente sin espejismos. Y para la cual, separaba la ganga y la inevitable usura del tiempo, en el pensamiento orsiano quedan vetas de muy tempestiva vigencia.

Los sesenta años del arranque del «Glosari» van a conmemorarse el mes que viene, con actos de homenaje en la Villanueva del último bregar del pensador, con sesiones académicas en la Barcelona de su nacer y de su dilatado, sin en mala hora interrupto, magisterio. En aquéllos, entre lápidas y parlamentos se exhumarán unas piezas inéditas del glosador; pero desde ahora el ya citado Enrique Jardí, orador rogado para la efemérides, anticipa otra parte del «Glosari» prácticamente desconocida. Pongamos olvidada, que no serán demasiados quienes recuerden cómo, al perder su alta situación en la Mancomunidad y la tribuna de «La Veu», el glosador halló hospitalidad en las columnas de «El Día Gráfico». Y allí, en catalán, continuó desgranando «Glosari» durante el para él aciago 1920; hasta su jira sudamericana.

Lo que anticipa Jardí es un conjunto de glosas aparecidas en aquel verano con un tema unitario, según solía Ors, pero que a diferencia de otras series análogas («La Ben Plantada», «Oceanografía del tedi», «Tina i la Guerra Gran», «Gloses de la vaga», etcétera) no fueron reunidas en libro. Se trata de «El nou Prometeu encadenat», que su autor subtitula tragedia en un acto. Tragedia, porque sigue la de Esquilo, más aún por transportar al mito clásico su personal y nada agradable coyuntura. Sigue en incidencias y espíritu la obra del griego, pero preceptivamente dijérase, no ya teatro sino diálogo, aunque nada socrático. Diálogo humanístico, quiero decir de ideas y pasión, como que en filigrana presenta y califica a los actores de su propio drama, desde Puig y Cadafalch, Cambó, Bofill y Mates a las únicas valedoras de entonces, las bibliotecarias. Ors, ni qué decir tiene, es el titán castigado por haber enseñado a los mortales el beneficio del fuego; y como el otro, posee un amenazador secreto: aquí, la evidencia de un mundo nuevo basado en el trabajo y la libertad. Esta clamada convicción es —según el autor— fuente única de su desgracia presente. Y Jardí incide, documentándola. Apuntada ya por Capdevila, desarrollada por Jardí, es una tesis que indudablemente dará mucho juego. No hubiera otros y positivos valores, y bastaría a asegurar, actualidad rabiosa a esa premonición, entre las muchas del inolvidable pensador. — M.

¿NOVELA SIN NOVELA?

EN EL RENACIMIENTO DE TRUMAN CAPOTE

Veinte años atrás, a la salida de la guerra, mientras —a ejemplo americano— la Europa vencida largaba todo el trapo a un realismo cuyos postreros campeones, allá del océano, serían Steinbeck y el primer Erskine Caldwell, los norteamericanos sentían a su vez la necesidad de un retorno a predios más poéticos, a un tratamiento más matizado de tipos y caracteres, a un mayor rigor de escritura y complejidad de estilo, sobre todo. Astros de esa reacción, los Paul Bowles, Frederick Buchner, John Horne Burns, William Goyen. Y Truman Capote. Efímeros meteoros; salvo este último, un mozo decadente como calco de algún personaje de su paisano Tennessee Williams (estaba por decir un tardío Cocteau, con la distancia que va de París a Nueva Orleans).

Strakfus Persons, digo Truman Capote —según su «nom de plume», mucho más aceptable—, fue la excepción. Apreciado desde los dieciocho años, de niño prodigio en el sofisticado «New Yorker», famoso desde los veintitrés con «Otras voces, otros ámbitos», traducido a todos los idiomas, su carrera siguió en ascenso por los años inmediatos: los cuentos de «Un árbol de noche», las impresiones viajeras de «Color local», el relato largo «Arpa de hierba». Con el nuevo clima, nuestro mozo se había impuesto en méritos de su página transparente, del sabio juego de sombras, del leve apuntar estados de ánimo entre realidad y sueño, dejando que el lector les diera un nombre. La novedad fue su revelación de los mundos infantiles, no ya —según sucede— desde la memoración de lances, personas y escenarios: la nostalgia del perdido paraíso, sino reconstruyendo aquel mundo desde dentro, con ojos y sentir infantiles. Un universo más subjetivo que objetivo aunque cifrado en sensaciones, no en razones; y donde los personajes —en aquella frontera donde vigilia y sueño andan revueltos— respiran un clima de inconsistencia y penumbra, irreal. Aferrados al mundo tangible, pero sin conciencia de las esencias, interacciones, vínculos y modos que sólo aporta la madurez, su noción de la realidad es pura y diáfana, sin reservas ni cálculos, inhibiciones ni tabús. Son por lo mismo, desde nuestra lógica de adultos, unos rebeldes.

El hecho de recrearse en esa temática, en aquellos días augurales se quiso interpretar como trasunto del inconformismo de la generación de la posguerra. Ni faltaría quien lo cargara al esteticismo, a notorias frustaciones del joven autor, quien —como nuestro paisano Miguel del Castillo— jamás hizo misterio de ellas. Mas luego se echó de ver su adscripción a una filosofía sensualista cuyas raíces se nutren, no tanto de nihilismo cuanto de un pasado remoto que individualmente se puede traducir en el estado mental de niños y adolescentes, opuesto a ese caos de ideas y esperanzas, de soledad y de secretas e irrealizables utopías que es la madurez, una situación-límite. En una palabra, que esos temas de la verde edad asumían valor de metáfora: un modo de presentar el mundo como simple contingencia fenoménica, indiferente a la colisión de los muchos órdenes menos o más inoperantes.

Sucede, sin embargo, que la fama literaria y el éxito mundano, la actividad periodística y la entrada en el mundo del cine contribuyeron a atenuar aquella aura poética que envolvía a sus jóvenes personajes conquistando al lector. Eclipsados los compañeros de generación, por otra parte, nuevas promociones de autores imponían su ley: Styron y la MacCarthy, Kerouac y sus «beats», Updike, Purdy. Y fue otro relato largo —«Desayuno en el Tiffany's»— donde, sin renunciar por completo al lirismo y al tema predilecto (aquí una ninfeta, que dijérase hija de las locazas de Fitzgerald), ni a su narrar conciso, opera de modo más objetivo y directo. Y añadiendo la nota de humor, y aun comicidad, diseña otro tipo de «inocencia»: la de una juventud instintivamente honesta y falta de inhibiciones y prejuicios: irresponsable y, en apariencia, cínica si lo queréis de otro modo. Se dibujaba, pues, un cambio de método, ya que no de ánimo.

Método y actitud que habían de cuajar en «A sangre fría», al cabo de seis años de eclipse novelístico, y su primera novela grande. La historia del libro se ha campaneado tanto desde su primera salida en folletón, y estruendosamente a comienzos del año en curso, cuando su aparición en libro, y ahora mismo con la contemporánea traducción a veinte idiomas; el asunto de la novela, digo, a estas alturas, ya no es un misterio para nadie: el bárbaro asesinato de un propietario rural del Middle West, su chiflada mujer y dos vástagos, un chico y una chica en la flor de la edad; la identificación de los sicarios (que sólo hallaron 40 dólares, donde esperaban hacerse con 10.000) y sus correrías por media Unión y parte de Méjico; el juicio, la pena capital, y los cinco largos años que, entre recursos y revisiones, hasta subir a la horca. Los mismos que Capote —cronista del suceso— repartió íntegramente entre los vecinos y deudos de las víctimas, de un lado, y el trato con los victimarios, hasta la celda de la muerte, hasta el pie del patíbulo.

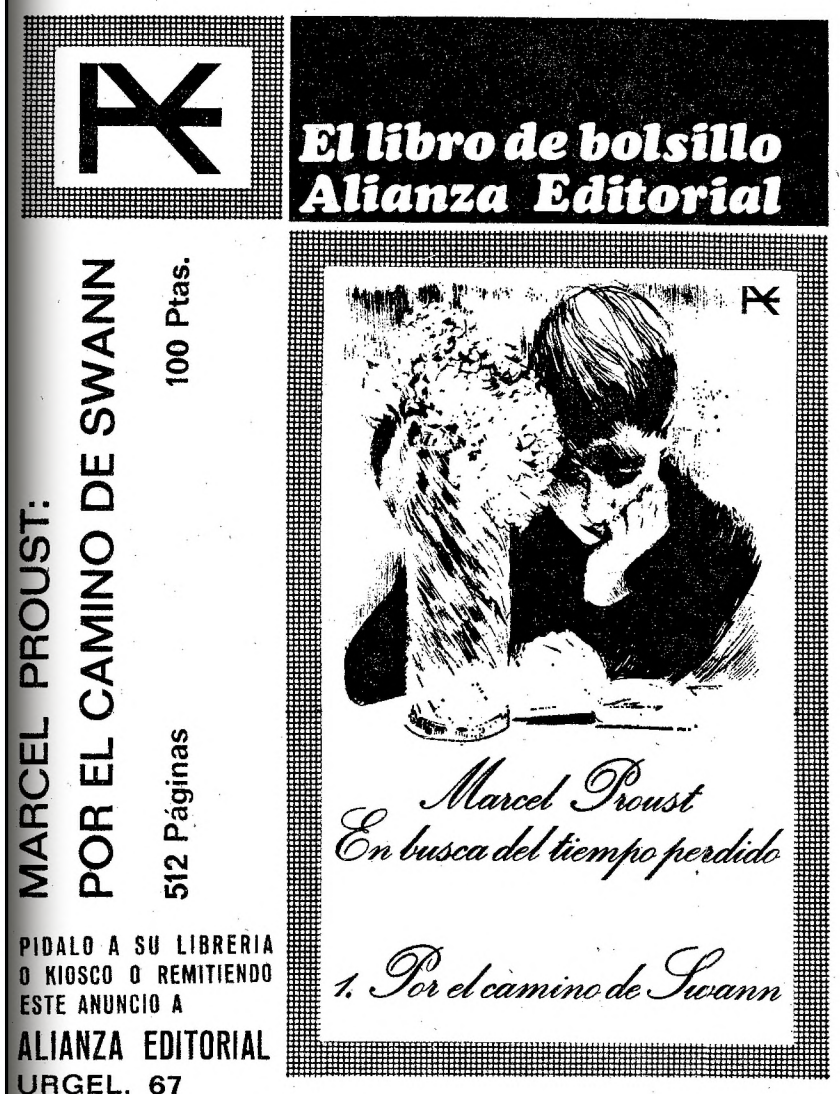
De tantos millares de horas de apasionada búsqueda, de tesonero ejercicio de la retentiva y de humanísimo esfuerzo de comunicación para comprender las razones, los resortes intelectuales y espirituales de unos y otros, ha surgido un documento sobre el crimen, y en torno a las circunstancias que lo explican, ya que no lo justifican, como costara encontrar la pareja en toda la novelística anterior, americana y no. Entre otras razones, porque en la novela de personajes imaginarios es el autor quien inventa la parte invisible, soterrada, que en los seres de carne y hueso jamás aflora, ni aun para ellos mismos, las más veces. Stendhal, leyendo en «La Gazette des Tribunaux» los pasos del proceso contra Berthet se decidió a escribir «Rojo y Negro»; mas por el hecho de no conocer al asesino, a la familia de Michoud, ni a los jueces, pudo infundir en la figura de Sorel un vigor que el otro, a buen seguro, no tenía. Capote, en cambio, con su infatigable indagar, descubriría cabalmente en dos seres reales esa porción recóndita; y al servírnosla, les convertía en entes novelescos. Paradójicamente, sin margen a la inventiva.

El novelista, investigador y reportero, que a aquel rincón de Kansas iba al encuentro de dos monstruos, conforme la indagación avanza: a medida que se desarrollan como personajes novelísticos, va descubriendo en ellos al hombre. Hurgando en las causas biográficas y ambientales que maduraron sus sentimientos antisociales, su instinto criminal, mostrándoles comprensión y amistad, acaso involuntariamente consigue transformarles. Por vez primera son objeto de atención afectuosa, por vez primera también descubren la existencia del prójimo, nace en ellos el sentido de solidaridad. Demasiado tarde. La Justicia —con las dilaciones de una equivocada clemencia— viene a cobrar su ración, cuando ya parecía innecesario, casi poco ejemplar, el pago. «A sangre fría», que el título no es exclusivo para el modo horrendo de perpetrar el crimen, el primero.

Escalofriante requisitoria, aunque a decir verdad nuestro autor no quita ni pone rey, según su inveterado sistema. Se habla de decisivos cambios en el modo de Capote, pero no se me antojan sino formales y no de mayor cuenta. Ambos criminales, y más el semitullido Perry, por tantos respectos un ser marginal, en nada se diferencian —en cuanto a la función— de los precedentes personajes de Capote. Digo, entendiendo que su grey infantil y adolescente es pura metáfora. Lo nuevo, pues, será el asunto, la materia prima y, hasta cierto punto, la manera de aderezarla. Porque diga lo que quiera su autor, aderezo hay, puesto que hay novela. Por muy reales que sean los hechos relatados, y con la máxima veracidad en trasladarlos, del novelista es la técnica para montarlos, escoger los relevantes, presentarlos en contrapunto calibrando los efectos. Haciendo novela, en suma, que es lo propio del novelista. Brindando esto es, no la vida, con toda su sinrazón, sino esa poética transposición de la misma que llamamos obra de arte. Novela, en este caso. Y de primera fuerza.

Juan Ramón MASOLIVER

Truman Capote, «A sangre fría». (Relato de un asesinato múltiple y de sus consecuencias). Trad. M. L. Borrás. Galería literaria. Noguer. B. 8.º-404 pp.



MESA DE REDACCION

OTRA, Y NO DE LINOTIPISTA

Contadas semanas atrás especulábamos a partir de los trabajos bíblicos de Juan Bosch, ex presidente de Santo Domingo, de quien decíamos acababa de entregar a prensas una biografía del rey David. Más exacto fuera que a las prensas se confió la traducción inglesa (por la londinense Chatto and Windus), cuyo original castellano salió en 1963: cuando el accidentado mandato presidencial del gran narrador.

DEL HUEVO Y DEL FUERO: HISTORIAS DE MUSEOS

Del huevo es el Museo municipal de Schwabach, junto a Nuremberg, que al par que las colecciones relacionadas con la historia local alinea los fondos del antiguo Museo Wenglein de ciencias naturales: un repertorio de más de 600 huevos, así de aves como de reptiles, coleópteros, etcétera de los más diversos continentes e islas, y un par de cientos de nidos de las aves de antaño. De antaño también, el soberbio Museo arqueológico de Jerusalén, orgullo de los judíos, formado merced a una donación del filántropo Rockfeller. Y que por hallarse en el casco de la ciudad vieja se lo acaban de anexionar las autoridades jordanas. No han valido protestas, ni buenos oficios de terceros: Ammán basa su buen derecho en la cláusula testamentaria de John D. Rockfeller, Jr., que textualmente dispone que el Museo es propiedad del Gobierno reinante. No contentos con ello, los técnicos jordanos que proceden a levantar inventario de sus tesoros lamentan la desaparición —durante los años del mandato británico— y el ignorado paradero de no pocas piezas importantes. Aún protestarán.

UN MACCARTHY DISTINTO

«Formaba parte de un piquete de ejecución que disparamos con «dum dums» fusilando a unos 15 ó 20 jóvenes carlistas o requetés... Se portaron como unos valientes. Llevaban el escapulario puesto, y el rosario, y estuvieron orando, no de rodillas sino de pie, hasta el momento en que cayeron. Todos ellos miraban hacia nosotros con impresionante serenidad. Aún parece que los estoy viendo ahora: apuestos, de porte digno, resignados, y con la paz del Señor en sus almas esperaban el martirio, su bautismo de sangre a unos diez metros de nuestros rifles... Cuando se dio la orden de fusilarlos, una última chispa de mi alma muerta protestó del crimen, y consciente o inconscientemente levanté mi rifle como un buen pie sobre sus cabezas...». Así, en carta del 14 de agosto pasado, el terciario franciscano William F. McCarthy, presidente de la Sociedad del Santo Nombre en la parroquia de San Felipe Neri de Los Angeles, California, al claretiano P. Juan Corominas, hoy en los Estados y en otro tiempo, casi treinta años ha, boina roja del Tercio de Montserrat. En aquel entonces, McCarthy militaba en la brigada Lincoln —fue comunista de 1936 al 52—, y enterado de aquel dato de nuestro descarga su conciencia, puesto que del Montserrat serían los fusilados, al otro día de la gesta de Codo (da detalles concretos de fecha y ubicación). Y concluye: «He pensado que si usted regresa a España, es posible que pueda llevar algún consuelo a los familiares de aquellos jóvenes de 18 a 20 años que fueron fusilados por nosotros». Vuelto a la fe católica, McCarthy tomó en la Venerable Orden Tercera el nombre de Pablo.

CANTEN BRONCES, LO ETERNICEN MARMOLES

Sabido es que si algún país guarda sus memorias y las prodiga en lápidas, ése es Italia. Navegantes, inventores, artistas, soldados. Los nuevos tiempos amplían los motivos de orgullo. Vean esta recién inaugurada lápida: A..., que traduciendo en supremas expresiones de arte su helénica belleza y el noble ánimo del milenario pueblo que la engendró, da a P... nuevo renombre, este marmóreo testimonio renueva el afecto de sus conciudadanos también ahora en que el cine le ha dado por patria el mundo». Habrán adivinado que el homenaje es a Sophia Loren.

LOS PADRES DE NUESTRA HISTORIOGRAFIA

Ferrán Soldevila ha redactado una valiosa introducción y está terminando de anotar una magna edición —textos íntegros y versión original— de las crónicas del Conquistador, Descloí, Muntaner y el Ceremonioso. «Les quatre grans cròniques» se repartirán en dos recios volúmenes en papel biblia (muy adelantada está la impresión del primero) de la benemérita colección que con las obras completas de Verdaguer puso la pieza basilar para el presente auge de las ediciones en catalán.

ALEGORIAS DE EUROPA, BUSCANSE

Interesan a la Comunidad Europea. Pero no se trata de discurrirse símbolos, sino de dar noticia o documentar alegorías y representaciones de que haya sido objeto —en textos literarios, artes plásticas, etcétera— nuestro viejo continente. Comuníquense al Servicio de informaciones de dicho organismo (244, rue de la Loi, Bruxelles).

«LA TRADICIÓ CATALANA»

Mientras se labora activamente en el proceso de beatificación del ilustre vilafranquino doctor Torras y Bages, vuelve a ver la luz pública su trascendental libro «La tradición catalana», devuelto a su texto completo de hace tres cuartos de siglo. Agotado hace tiempo, las jóvenes generaciones que tanto oyeron hablar del mismo sin oportunidad de acceder más que a los trechos incluidos en varias antologías, se encararán finalmente con esta obra del obispo vicense, ahora debidamente potenciada en el inteligente estudio liminar de mosén Juan Bonet Baltá, reputado especialista en punto al pensamiento y escritos de su paisano.